

AMALGAMA

Complejo de Rendueles

No puede evitar el desparpajo de una izquierda que parte de la base de que tiene la razón de su parte por el argumento por el cual uno se declara partidario del Madrid o Barcelona



JUAN EZEQUIEL MORALES

César Rendueles, profesor de teoría sociológica de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, ha publicado recientemente, el 16 de noviembre de 2013, en *El País*, una crítica al último libro de Antonio Escohotado, *Los enemigos del comercio*, en la que no puede evitar el desparpajo propio de una izquierda que parte siempre de la base de que tiene la razón de su parte por el mismo argumen-

to por el cual uno se declara partidario del Madrid o del Barcelona. No entro en el propio texto de Escohotado, que dejaremos para otro momento, y en el que el filósofo acomete con valentía una verdad de Perogrullo sobre la naturaleza del comercio que otros, como Rendueles, no se atreven a enfocar de manera libre, con una mínima "epojé", porque, sencillamente, son incapaces de pensar fuera de la corriente calentita de la hez reinante. Es como la democracia, el gobierno de los muchos: será así, pero no es ello motivo de verdad. Si muchos se empeñan en que el Sol da vueltas alrededor de la Tierra, será democrático, pero no por ello va a ser verdad. Rendueles critica a Escohotado: "Ahora, en lo más crudo de la crisis económica global, presenta

el segundo volumen de una profusa teodicea empresarial en la que alerta de los peligros potenciales de las críticas al comercio". Está prohibido por la caterva sociofílica pensar así, hay que atacar al neoliberalismo porque está de moda. No disponen de otro razonamiento, excepto la dialéctica entendida, no como una forma de reinterpretar la naturaleza, sino como forma de demostrar con un punto romo que los ricos son las clases que fastidian a los pobres: "A pesar del desorden formal, la obra tiene un hilo conductor claro: se trata de la autocomprensión ideológica de las élites económicas capitalistas al menos desde Montesquieu. La idea es que el comercio cumple dos funciones que se retroalimentan. En primer lugar, es un formidable motor de transfor-

mación social a través de la innovación tecnológica y el consumo. En segundo lugar, es un generador de concordia en la medida en que reduce las áreas de la vida común que requieren de consenso político y, por tanto, minimiza las fuentes potenciales de conflicto". Dicho, claro, con sorna, pero sólo porque no cuadra en el esquema rígido de quien, como su padre, Guillermo Rendueles, ha de ser comunista por tradición. Sigue en su diatriba Rendueles: "Diagnostica a lo largo de la historia humana sucesivos destellos de una lógica milenarista enemiga de la propiedad. Una dinámica que se va elaborando pragmática y teóricamente hasta que, tras la revolución rusa, se consolida en el socialismo soviético como su realización más acabada. De es-

te modo, el socialismo autoritario no es una declinación contingente -y por tanto evitable- del igualitarismo sino su consumación necesaria". Ciertamente, Rendueles aquí resume bien, pero su intención de mostrar la conclusión escohotadiana de que el igualitarismo se consuma en el autoritarismo como excrable, no logra sino formular una descripción precisa de lo que es una verdad que cae como un martillo pilón. Pide a Escohotado que estudie más a fondo los aspectos menos moralizantes del proceso de expansión comercial. ¡Pero qué manía! ¡Y los de cualquier circunstancia histórica, sobre todo los de un desgraciado igualitarismo que directamente, y siempre, hace a todos iguales por lo peor! El propio padre de Rendueles se confiesa orgulloso de su hijo César y cuenta la anécdota de cuando "antes de la insumisión tuvo un problema en el Instituto del Piles por una pintada que decía: Votando, por el culo nos van dando". La frase no tiene desperdicio, como menos es antidemocrática ¡Quién los entiende!

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS



Marcel Proust. | LP / DLP

Durmiendo con Proust

ANTONIO BORDÓN

Hay un sitio en cada enciclopedia para Marcel Proust, gracias a *En busca del tiempo perdido*, cuyo primer tomo *Por el camino de Swan* cumplió la semana pasada cien años de su publicación (eso sí, pagada por el propio autor, después de que André Gide convenciera a Gaston Gallimard de no hacerlo pues no era más que un folletín de "historias de duquesas"), pero ahora mismo este nombre imprescindible de la lite-

ratura universal no es ni mucho menos un objeto de anticuario: Proust es cada vez más apreciado por los especialistas y por los aficionados de gusto, como el bloguero de *Literatura y sus alrededores*, que dedicó varias entradas a hablar de una obra cuya lectura llevaba largo tiempo aplazando, como la mayoría de los lectores de los últimos cuarenta años, pero al fin resuelta.

Con razón o sin ella, Proust

ha padecido mucho tiempo su destino de autor para eruditos o para lectores perseverantes, pero su obra es también para todos aquellos que quieran encontrarse con su propio reflejo, al decir de Alain de Botton, autor de *Cómo cambiar tu vida con Proust*. Según Botton, el placer que produce su obra no es sólo literario, sino también visual: "La posibilidad de realizar conexiones visuales entre dos personas que habi-

PRÓXIMO PRÓXIMO

Decía Bill Bryson que "las casas son realmente extrañas; carecen de características definitorias universales: pueden tener cualquier forma, incorporar virtualmente cualquier tipo de material, ser casi de cualquier tamaño, pero aún así, dondequiera que vayamos sabemos que son casas". Mark Z. Danielewski, el autor de *La casa de hojas*, calificada por Stephen King como "el *Moby Dick* del género de terror", no puede estar más de acuerdo. Esta obra cumbre del hipertexto, que publican al alimón Alpha Decay y Pálido Fuego (por aquello de compartir riesgos), gira alrededor de una casa que encierra más de un misterio. La novela se compone de dos historias paralelas: la de Johnny Truant y su delirante existencia en Los Ángeles a principios de los años 90; y la que se inicia cuando encuentra un manuscrito en la casa de un anciano que acaba de morir. Ese manuscrito narra la historia de Will Navidson, un periodista que se traslada con su mujer y sus hijos a una casa rural. Al poco tiempo, Navidson hace un descubrimiento insólito: la casa que habitan es más grande en el interior que en el exterior. Esta revelación desencadenará una serie de tramas en las que la unidad y armonía familiar se verán sometidas a esa pesadilla arquitectónica que es su hogar.

tan mundos en apariencia tan distintos entre sí explica el que Proust afirmase que el número de los tipos humanos es tan restringido que continuamente, allí donde estemos, podemos disfrutar del placer de ver a personas ya conocidas. [...] Semejante comunión íntima entre nuestra vida y las novelas que leemos es la razón por la que Proust sostenía que en realidad, mientras lee, todo lector es el lector de su propio yo".

En busca del tiempo perdido es una obra con etapas, y con esto no me estoy refiriendo a que comprende siete volúmenes, sino que confluye un haz de etapas; podemos descubrirla, utilizarla y admirarla desde diferentes ángulos, en momentos distintos de la vida. No soy de ninguna manera un experto de su obra, pero la fascinación que experimento cada vez que releo la primera línea de *Por el camino de Swan* ("Durante mucho tiempo, me acosté temprano") es cada vez de distinta naturaleza, y va del placer puro e inmediato de la frase, al interés por cualquiera de los hechos lejanos en el tiempo que la novela revive.

En *Especies de espacios*, George Perec, lector de Proust, escribió: "Durante mucho tiempo me acosté por escrito". En cuanto a mí, trato de tener a Proust siempre cerca de la cama. Me gusta coger un tomo al azar y detenerme en la rotundidad de su pensamiento: "Nuestro error es creer que las cosas suelen presentarse tal y como son en realidad, los nombres tal y como se escriben, las personas según esa noción inmóvil que proporcionan de ella la fotografía y la psicología. De hecho no es eso en absoluto lo que vemos habitualmente. Vemos, oímos, concebimos el mundo de mala manera. Repetimos un nombre tal y como lo oímos hasta que la experiencia rectifica el error, cosa que no siempre sucede".